

LOS COMIENZOS DEL TURISMO EN ESPAÑA (1830-1868)

Por
Luis Mariñas Otero

INTRODUCCION

En 1815, Napoleón es derrotado. Tras veintitrés años de guerra, la paz vuelve a Europa; pero el largo conflicto ha impulsado la industrialización, ha contribuido al desarrollo del capitalismo y ha creado en Europa una clase social, cuyos miembros descubren el placer de viajar fuera de sus limitadas fronteras patrias. Los oficiales de los ejércitos que han recorrido Europa con las armas en la mano, desean, como ocurre después de todas las conflagraciones de carácter multinacional, recorrerla como pacíficos civiles. Nace el turismo en sentido moderno y como fenómeno colectivo.

El inglés, mejor dicho, sus clases altas, impulsado sin duda por la claustrofobia de su insularidad es el primero que viaja por placer, de ahí que nada de extraño tiene que de su lengua, precisamente provenga la palabra turismo. Surgen los ferrocarriles, y en 1841 Cook organiza los primeros viajes colectivos. Se levantan los primeros hoteles de concepción moderna, muchos al lado de las estaciones ferroviarias, otros en los balnearios tan de moda entre el turismo minoritario de la época.

España también ha sido trágico campo de batalla, ingleses y franceses vuelven fascinados al terreno donde las guerras napoleónicas adquirieron sus más peculiares características.

Ha llegado el romanticismo; la guerra de la Independencia griega populariza lo oriental en su exotismo, y para franceses e ingleses España es exótica, España es, si no oriental, tampoco europea. La ocupación de Argelia por Francia pone de moda la cultura árabe-africana. ¡Helo aquí!, eso es España, un país africano, exótico: "Spain is different", pero ¡qué disímil es el sentido de la expresión en 1830 y en 1968! Aunque las clases altas, con evidente complejo de inferioridad, tratan de no ser diferentes, de imitar los modos y modas de allende los Pirineos, Teófilo Gautier señala en 1840, cómo las cla-

ses educadas han abandonado los trajes y los bailes típicos nacionales para seguir los modelos franceses.

Llegan viajeros, arriesgados turistas, a país exótico y peligroso, el viaje tiene las características de una exploración, todos añoran su Patria que parece infinitamente alejada de una España aislada. Borrow señala cómo no se encuentran extranjeros radicados en Marid. Algo más de un siglo después, un novelista norteamericano, Robert Ruark, escogerá España como su domicilio eterno, después de haber hecho de Palamós su residencia temporal, quizá porque, como el título de su más conocida novela, encontró "something of value".

Muchos de estos viajeros escriben, tratan de interpretar a España y al alma española. Algunos con la superficialidad de un Alejandro Dumas que, a los dos días de estancia en España, se jactaba de conocerla mejor que los españoles, otros, más concienzudamente, tratan de buscar una explicación, que siempre les elude. De todas formas, su testimonio es interesante para contrarrestar una España que fue, con una España que es. Ver cómo nos juzgaban y qué es lo que buscaban en nuestro país, lo que ha muerto de aquella época y lo que pervive y como foráneos prejuicios tienen profundas y añejas raíces que hacen tan difícil su definitiva desaparición.

Lo que encuentran y describen de España es desolador, resumámoslo:

Ante todo, la inestabilidad, falta de orden público, generalización del bandidaje, inseguridad personal, en suma, la quiebra del aparato estatal. Al entrar en crisis la Corona con la guerra de la Independencia, entra en crisis también la única institución que en España era capaz de ocultar unos defectos básicos en la estructura socioeconómica del país, y a los que que en los años siguientes y hasta mediado el siglo, con la creación de la Guardia Civil, se trató de dar soluciones erróneas que desembocaban inexorablemente en el pronunciamiento militar, y a cuyo socaire, el bandidaje común y corriente, so capa de una u otra fracción política, se adueña de los campos de España.

Todos los viajeros extranjeros de la época, insisten una y otra vez sobre el caótico estado de las campiñas: "La diligencia de Madrid a Sevilla en que debíamos partir —escribe Gautier en 1840— fue detenida en La Mancha por una banda de ladrones o facciosos que es la misma cosa" (1). Y continúa en otro pasaje: "Un viaje en Es.

(1) Théophile GAUTIER: *Voyage en Espagne*. París-Charpentier et Cie, página 134.

paña es todavía empresa romántica y peligrosa..., se arriesga la piel a cada paso, hay privaciones de toda clase y de las cosas más indispensables..., el peligro os rodea, os sigue, os precede, no oís cuchichear en torno vuestro sino historias terribles y misteriosas..., sin duda hay en todo ello mucho de imaginación, sin embargo, por incrédulo que se sea, es preciso creer algo, pues en cada rincón de la ruta hay cruces con inscripciones de este género: "Aquí mataron a un hombre—, aquí murió de mano airada..." (2) y Borrow, el pintoresco misionero protestante, escribe, en la misma fecha, de su viaje entre Santiago de Compostela y La Coruña, que en el año jubilar de 1965 recorrieron millones de personas en paz y seguridad. "Centenares de viajeros a pie y a caballo aprovechaban la seguridad ofrecida por la escolta, el miedo a los bandidos era muy grande" (3).

Tal vez lo más representativo sea otra frase de Gautier al comentar irónicamente sobre el nuevo nombre —Plazas de la Constitución— con que acaban de ser bautizadas las principales plazas de villas y ciudades de España: "No se podría escoger mejor símbolo para representar el estado actual del país. Una constitución sobre España es un puñado de cal sobre el granito" (4).

La segunda nota que encuentran los visitantes, como hecho omnipresente en España, es la miseria general del país.

La Guerra de la Independencia ha arruinado a la nación que carecía, además, de la base industrial con que contaban otros países europeos, las convulsiones ulteriores no hicieron sino agravar este estado de cosas. Será necesario llegar a las postrimerías del reinado de Isabel II para que España apunte a una incipiente industrialización. La ruina del país crea un mundo de desclasados —un "lumpenproletariat", como dirían los marxistas— que constituye materia prima propicia para toda demagogia, y combustible adecuado para toda convulsión.

Escojamos al azar uno entre los textos infinitos señalando la miseria nacional; Borrow, que no deja de mirar con simpatía al pueblo español, escribe: "La mitad de los habitantes de El Ferrol mendigan el pan que comen, y entre ellos, según dicen, se cuentan con frecuencia Oficiales navales jubilados, muchos de ellos mutilados, que han quedado en la mayor indigencia, ya que sus pensiones o pagas lle-

(2) Théophile GAUTIER: Op., cit., pág. 261.

(3) George BORROW: *La Biblia en España*. Barcelona, 1965, pág. 295.

(4) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 20.

van un atraso de tres o cuatro años... la miseria y la degradación de la España moderna en parte alguna queda tan de manifiesto como en El Ferrol" (5).

Es la situación típica de los países subdesarrollados donde hoy también los turistas, los de 1968, señalan junto a su exotismo, su pobreza, que tanto resta a su encanto.

No es mejor el estado sanitario del país. Las primeras guías turísticas de España —hechas en Francia o Inglaterra—, aconsejan prevenirse contra el cólera y la malaria, que hacen estragos, y la acción oficial se revela impotente. Borrow relata su visita al Lazareto de Santiago de Compostela: "En compañía del librero visité este hospital, en el que, empero no estuve largo rato. La miseria y la suciedad que reinaban en él, me alejaron rápidamente...En otro tiempo, el lugar contaba con subvenciones que le permitían sostenerse, pero incluso éstas le fueron retiradas durante los recientes disturbios. Actualmente, el menos sucio de los leprosos suele situarse al borde del camino y pide por los demás compañeros" (6).

Pobres y poco confortables son los alojamientos con que pueden contar los pioneros del turismo. De la primera posada española donde pernocta, dice Gautier: "La posada donde paramos para cenar tenía el establo como vestíbulo. Tal disposición arquitectónica se repite en todas las posadas españolas, y para ir a la habitación es preciso pasar por detrás de las grupas de las mulas" (7). Pasan veinticinco años del viaje de Gautier, y en 1864, la Guía de Lanneau Rolland, dice de los hoteles de Madrid: "Si insuficientes en número para la importancia de esta capital, son, en cambio, muy poco confortables y de muy mediana cocina. Otro tanto puede decirse de las demás ciudades de España, a excepción de Valencia y Barcelona" (8).

Rarísimo es el español que sepa idiomas extranjeros, y tan sólo entre las clases altas se encuentran algunas personas que conocen el francés.

Sobria es la cocina española que los franceses encuentran parca y los ingleses recargada de aditamentos, indigesta, poco refinada y oriental en su carácter.

La Guerra de la Independencia, de cuyos efectos tanto tardó en

(5) George BORROW: Op., cit., págs., 351-352.

(6) George BORROW: Op., cit., págs., 302-303.

(7) T. GAUTIER: Op., cit., pág., 32.

(8) Lanneau ROLLAND: *Nouveau Guide Général du voyageur en Espagne et Portugal*. París, 1864, pág. 85.

recuperarse una España que no recibió ni reparaciones por los destrozos causados por el invasor, ni "Plan Marshall" y que, en cambio, se embarca con debilitado poder en la costosa guerra ultramarina y en inacabables contiendas intestinas, tiene otros efectos tan graves como los económicos, ya que provoca la crisis de la conciencia nacional, la autocrítica colectiva, y de tal estado de cosas son testimonio inestimable las opiniones de aquellos turistas del Romanticismo que describen, todos, el fenómeno, aunque se les escape el profundo y real significado del mismo. España está pasando una crisis de identidad, está abandonando una herencia secular y es incapaz de encontrar una nueva ruta y su lugar en esa nueva Europa que nace, por lo que sus reacciones ante lo extranjero varían entre la ignorancia desdeñosa del poema de Machado, hasta la servil imitación de formas extranjeras o la más absurda iconoclastia. Dice Gautier: "La Península se ha lanzado por la senda liberal y volterriana en lo que respecta al feudalismo, inquisición y fanatismo; demoler los conventos le parece el colmo de la civilización" (9).

Al turista, tales actitudes le extrañan, no comprende la crisis espiritual que atraviesa el país que visita; le agrada más lo epidérmico, lo folklórico, lo exótico, las corridas de toros. "Durante mi estancia en España no falté a ninguna corrida", —dice Merimé— y por los gitanos, que no son precisamente ejemplares arquetipos y representativos de lo español, se interesan Borrow, Gautier y Merimé, que intercalan en sus obras expresiones en caló. Y sobre, y ante todo, el carácter oriental, la herencia árabe en España, es lo que está de moda entre la independencia de Grecia y la apertura del canal de Suez. Todo lo bueno que hay en España se atribuye a la herencia —ya lejana— de los árabes; todo lo posterior a la España fósil, bárbara, atrasada, de espaldas a Europa, de la que siempre será ajena.

Volvamos a Gautier: "El Puerto de los Perros (es decir, Despeñaperros), se llama así, porque por él los moros vencidos salieron de Andalucía, llevándose con ellos la felicidad y la civilización de España que, tocando al África como Grecia al Asia, no está hecha para las costumbres europeas" (10). Lo que no sea árabe, es bárbaro, y cuando leemos en los relatos de la época la exaltación, muchas veces con simpatía bien intencionada, de los caracteres de nuestro pueblo, inconscientemente nos damos cuenta de que, con mentalidad ru-

(9) T. GAUTIER: *Op.*, cit., pág. 178.

(10) Teófilo GAUTIER: *Op.*, cit., pág. 192.

soniana, a quien se alaba es al buen salvaje, al hombre puro a quien no ha tocado la civilización.

Así y no de otra forma es como, desde fuera, veían a la España del Romanticismo aquellos que la visitarán.

Los primeros turistas.

El intelectual español, Ricardo de la Cierva, en su excelente estudio sobre el Turismo (11), dice que España se encontró entre los países a los que se dirigieron las primeras corrientes turísticas en sentido moderno, nacidas por la atención de la intelectualidad europea y correteo británico, pero califica a este turismo como el de los "viajes horribles", de acuerdo con el juicio de estos visitantes, atribuyendo acertadamente tales juicios a la nula propaganda turística española y la inexistencia de una labor estatal o privada que mejorase las condiciones de estancia de los visitantes a nuestra patria, cuyos efectos resultan tanto más negativos, cuanto que que nos encontramos en los albores de una época en que la letra impresa se populariza en Europa y muchos son los visitantes que ante la experiencia española dejan constancia escrita de sus impresiones.

Humboldt, camino de su viaje a la América Hispana, nos escribe de las entonces ignotas, islas Canarias en 1811. Alexandre de Laborde, publica su "Voyage pittoresque et historique de l'Espagne", que aparece precisamente en plena Guerra de la Independencia. En 1840, Jorge Sand, publicó "Un hiver à Majorque", en que recoge su conocida estancia en la isla en compañía de Chopin, y el mismo año Gautier realizará su primer viaje a España, que repetirá seis años después, con ocasión de la boda del duque de Montpensier con la Infanta Luisa Fernanda, motivo que provoca también la venida de Alejandro Dumas, que publica sus experiencias en la obra "De Madrid a Cádiz". Dada la popularidad de estos dos autores, sus obras alcanzaron gran difusión en toda Europa. No hay absurdo que deje de tener cabida en ellas. Su influencia se nota en la visión que sus contemporáneos europeos tenían en España, y será necesario llegar a nuestros días para que se olviden los lugares comunes sobre nuestra patria por ellos popularizados.

(11) *El Turismo, Teoría-Técnica-Ambiente*. Madrid, 1963.

Washington Irving, el primer Cónsul de los Estados Unidos en Madrid, dedica interesantes relatos a su experiencia española, pero escribía para la entonces lejana América, y sus obras, en las que naturalmente exalta la herencia árabe en España, tratan del pasado y no del presente.

También visitó España Merimé en el año tan agitado en Europa —y, por tanto, en España, que en esto no es excepción—, de 1830. De su estancia han quedado, amén de algunos relatos y artículos periodísticos, una interesante y muy poco leída novela, a la que más adelante volveremos, sobre la que erróneamente se ha construido toda una absurda teoría de España.

Y no faltaron, desde luego, los excéntricos que encontraban en el Romanticismo condiciones favorables; y entre ellos podemos calificar a George Borrow, "Don Jorgito", propagandista, sin mucho éxito, de la Biblia en España, amigo de gitanos y traductor del Nuevo Testamento al eúscaro y al caló. Sólo con la Restauración se inicia, tímida y localmente primero, el turismo internacional en España; a las aguas de Cestona, a las playas de Mallorca; pero es ya un turismo menos pintoresco y que encuentra una España que, tras siete décadas, de caos y aislamiento, comienza a ponerse en marcha.

Próspero Merimé, Carmen la de Echalar y el señor Lizarrabengoa.

Próspero Merimé, escritor francés del Romanticismo, visita nuestra patria en 1830, regresa en 1842 y sigue en contacto con España durante toda su vida desempeñando importante papel en la Corte de la Emperatriz Eugenia.

Ve a España con simpatía, admira sus leyendas dejándonos una versión más de la vida de Don Juan: "Las Animas del Purgatorio", se apasiona por los toros, aunque indica que "entre los españoles de la clase elevada hay pocos que no experimenten una especie de vergüenza en confesar su afición", muestra, aunque epidérmica, de la antes citada crisis de la conciencia nacional.

Describe la Plaza de Toros de Madrid, situada a la sazón en la Puerta de Alcalá, es un coso de dimensiones aún modestas, con asientos de madera y capacidad para 7.000 espectadores, "allí, y sólo allí, manda el pueblo como soberano, y puede decir y hacer todo lo que

le de la gana”, en 1830 “se veían muchos más hombres que mujeres, y la mayor parte de éstas pertenecientes a las clases de las manolas”. Pocos años después, también las damas se convertían en espectadoras asiduas, no obstante que en aquella época todavía los caballos no iban revestidos de peto y eran varios los destripados en cada corrida. Es una época de oro del toreo, de toros grandes y grandes espadas, como Montes y Francisco Sevilla, aunque los viejos aficionados hablen con admiración de Pepe Hillo y Pablo Romero, que ya han entrado en la leyenda.

Pero el más conocido de sus escritos, de ambiente español, es “Carmen”, y de la protagonista se ha hecho, desde la aparición del libro, hace 120 años, al arquetipo de la mujer española. Nada más inexacto ni más alejado del pensamiento del autor.

Carmen ha nacido en Echalar, pueblo de Navarra próximo a la frontera francesa, su madre es campesina vasconavarra que vive en su pequeña “barratxea”, ella es probablemente hija natural de un gitano, en país que acusa invariablemente uno de los índices más bajos del mundo en natalidad ilegítima, es decir, se trata de un ejemplar atípico, destacada en una de las zonas de España de más casta, de ahí su inadaptación,, su crisis de personalidad, que trata de buscar en sus amantes, es un tipo —entonces y ahora—

Versiones operáticas y cinematográficas del libro no han contribuido si no a la extensión de una falsa leyenda, ya que en la obra, España, era sólo telón de fondo y no elemento vital en unos personajes a los que se quería dar por el autor un carácter universal.

Don Jorgito y sus biblias.

Los liberales suben al poder en España, es el momento que la Sociedad Bíblica inglesa cree oportuno para hacer una labor de proselitismo protestante en España. Y a esa "tierra de Misiones" es enviado un extravagante personaje, George Barrow, a quien sus amigos españoles llamarían "Don Jorgito", y que a lomo de mula recorre casi toda España en los días trágicos de la primera guerra Carlista, entre 1836 y 1840, y que dos años después nos deja sus impresiones en un libro pintoresco "La Biblia en España".

No encuentra el flamante Misionero persecución ni molestias entre los "fanáticos" españoles por su labor proselitista, pero sí una indiferencia bastante grande, y el propio Mendizábal, entonces primer ministro, le dice: "No son Biblias lo que queremos, sino armas y pólvora para someter a los rebeldes, y por encima de todo, dinero, dinero y dinero para poder pagar a las tropas" (13).

Si Merimé conoció España bastante bien, Borrow, que se jacta de conocer una docena de idiomas, incluido el caló, es un típico inglés, casi de caricatura, de la Era Victoriana, con una total capacidad para que resbalase por su epidermis todo lo que veía y no perder la flema británica. Desde luego, fue objeto de frecuentes burlas, que describe con toda seriedad y absoluta ignorancia de su significado. Además, no es el momento de la visita de Borrow el mejor para conocer España, la totalidad del país se halla sumergido en la vorágine de la guerra civil, los campos no están claramente deslindados y el orden público, la seguridad personal y el desahogo económico son hechos ajenos al pueblo español, algo a lo que ya parece resignado: "España sea dicho, es uno de los pocos países en que la pobreza nunca es considerada con desdén o escarnio... y la riqueza no se idolatra a ciegas" (14).

Observa cómo en España apenas se encuentran extranjeros, ni

(13) G. BORROW: Op., cit., pág. 138.

(14) G. BORROW: Op., cit., pág. 222.

como residentes ni como visitantes. Por ello, ve al pueblo español con gran simpatía, como no contaminado por la civilización y exalta sus cualidades, que siglo y cuarto después, siguen todas y cada una en vigencia, no obstante la "contaminación" permanente de 100.000 extranjeros y temporal de varios millones.

Convive Barrow con los gitanos y tal vez sea esa su aportación, el dar a conocer a otros países su existencia, pues sus opiniones sobre España distan de ser originales para la época. Habla —¡cómo no!— de la grandeza de España bajo los árabes, contraponiéndola a la miseria de su tiempo, y así, al hablar de Sevilla, dice: "La vega en la cual ahora entrábamos, forma parte de un gran despoblado o desierto de Andalucía, antes sonriente jardín, pero que llegó al presente estado cuando los moros fueron expulsados de España" (15).

La España que recorre a lomo de mula, o de caballo, y con las alforjas cargadas de Biblias, es una España misérrima y donde ha hecho quiebra el orden público: "A última hora de la tarde llegamos a Medina del Campo, antes una de las principales ciudades de España, aunque actualmente es un lugar sin importancia. Inmensas ruinas la rodean en todas direcciones en testimonio de la anterior grandeza" (16), y lo mismo se repite una y otra vez en muchas de las ciudades que recorre, mientras que, "Despeñaperros, incluso en tiempos de paz, tiene mala fama a causa de los asaltos que concurren y en la época a que me refiero, la infestaban bandoleros" (17).

No, decididamente, España no era durante la menor edad de Isabel II un país turístico.

Teófilo Gautier visita un país bárbaro.

El año en que Borrow abandona España, recibe nuestro país a otro visitante, es Teófilo Gautier, turista rico, periodista y escritor conocido que, en lugar de entrar en España como Borrow a lomos de cabalgadura, lo hace en una diligencia tirada por diez mulas y protegido por dos guardias con trabuco.

Gautier, acompañado de su amigo Piot, entra en España en el tórrido verano de 1840, en el momento en que las últimas tropas

(15) G. BORROW: Op., cit., pág. 271.

(16) G. BORROW: Op., cit., pág. 233.

(17) G. BORROW: Op., cit., pág. 203.

carlistas abandonan Cataluña para refugiarse en Francia. La Guerra Civil ha concluido, pero por todas partes y en todas las personas están reflejadas sus heridas.

Es el nuevo visitante un turista burgués, displicente con lo que no encuentra de su agrado —que es casi todo— y que, a diferencia de Borrow, sólo trata a las clases altas españolas.

Gautier va preparado para lo que sabe le espera, la visita a un país bárbaro, ya en Francia “sabiendo que íbamos a hacer un largo viaje por la Península, se nos hacía toda suerte de recomendaciones: comprad hojas rojas para apretaros el vientre, proporcionaros trabucos, peines y botellas de agua insectomortíferas, llevad bizcochos y provisiones” 18). Y así, Gautier, tocado de sombrero calañés para ser confundido con los “nativos”, entra en España, en una lenta diligencia y bajo el duro sol de la meseta, condiciones no las más propicias para hacerle cambiar sus preconcebidas opiniones.

Persona de fabulosa capacidad comestible y bebestible, el menú constituye para él una obsesión. El español es muy frugal y “las desparas españolas no comparten el horror por el vacío que, al parecer, tiene la naturaleza” (19). Tal vez hubiera cambiado de opinión 128 años después, al observar esas nubes ingentes de excursionistas dominigueros, que en bares y figones, hoteles o campo, consumen sin cesar toda suerte de alimentación a todas horas del día, a lo largo de las rutas de España. Pero esto no era al parecer la situación en la época del viaje de Gautier y, en su opinión, abunda, como veremos, más de un autor extranjero.

Sus opiniones sobre el país se afianzan a lo largo de su estancia. España está aislada. Al parecer la diligencia, camino de Madrid, “la fonda en que bajamos era una verdadera fonda española, donde nadie entendía una palabra de francés” (20), y al cambiar le carruaje, “el correo real en que abandonamos Burgos, merece una mención especial: Figuraos un vehículo antediluviano, cuyo desaparecido modelo sólo se puede encontrar en la España fósil” (21) y “además, las gentes que vienen a España a comprar cosas preciosas, quedan defraudadas, sin un arma preciosa, ni una edición rara, nada...” (22).

(18) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 15.

(19) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 295.

(20) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 35.

(21) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 56.

(22) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 63.

Decididamente, los atractivos son escasos, pero al llegar a Valladolid, se puede señalar que, "la prensa penetra hasta esas regiones bárbaras" (23).

Además de un país bárbaro y atrasado, es una nación paupérrima, el contraste entre la Francia en plena revolución industrial y una España que apenas ha empezado a curarse las profundas heridas de la guerra, no puede menos de chocar al visitante, en Burgos "los condenados a presidio barren la calle sin quitarse los harapos" (24), y "aquí mendigan los soldados, lo que es excusable, dada su profunda miseria, pues son pagados muy irregularmente" (25).

Otra triste secuela ha traído la guerra civil; el recrudecimiento del bandidaje, es peligroso el viaje de Madrid al Escorial. Soldados del vencido ejército se confunden con los bandoleros, y el Gobierno reacciona con dureza, pero sin eficacia. Así, atravesando la Mancha, "no lejos de esta venta, a la derecha de la ruta, se levantaban unos pilares, donde estaban expuestas las cabezas de tres o cuatro malhechores" (26).

Sin embargo, y no obstante la situación general del país, encuentra en el pueblo, como todos los visitantes antes y después de él, una no esperada cordialidad, espontaneidad, simpatía y honradez, "la ausencia de embriaguez entre las gentes del pueblo las hace muy superiores a las clases sociales correspondientes a nuestros países pretendidamente civilizados" (27) y, con sorpresa también, comprueba cómo no existe el tétrico carácter del español ni ese sentido de casta, que se atribuía allende fronteras: "no he observado el carácter triste del español... España es el verdadero país de la igualdad" (28) y señala que "los tiempos de Felipe II, de los trajes negros, las golillas almidonadas, actitud devota, rostros fríos y altaneros, está mucho más pasada de lo que generalmente se cree" (29).

Encuentra interesante el tipismo hispánico, no obstante la repugnancia que por el mismo observa en las clases cultas, ya en plena crisis de identidad. Va una y otra vez a las corridas, se deleita viendo las damas con su inseparable abanico y se extraña ante las torres

(23) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 65.

(24) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 35.

(25) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 28.

(26) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 192.

(27) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 181.

(28) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 247.

(29) T. GAUTIER: Op., cit., pág. 341.

moscovitas de las iglesias de Madrid. Posee sensibilidad artística y opina que "en la tumba de Goya está enterrado el antiguo arte español, el mundo desaparecido para siempre de los toreros, los majos, manolas, monjes, contrabandistas, ladrones, hechiceros, en suma, todo el color local de la Península" (30).

No anda muy descaminado, aunque su opinión sobre el genio de Goya no era, como veremos, universalmente compartida a la sazón. Gautier tiene la conciencia plena de que está asistiendo al fin de una época; por ello no obstante los errores y tónica despreciativa que imperan en su obra, constituye ésta un documento sociológico muy interesante.

En España no puede sustraerse de hablar de lo árabe, lo oriental, en todo tiempo y lugar, a lo que ya venía condicionado, por la moda de la época y por sus propios prejuicios. Observa en Valladolid, ciudad sin la menor huella musulmana, que ya se percibe la cercanía del Oriente, lo oriental está también presente en la separación de hombres y mujeres, en la exaltación del tipo del bandido generoso, etcétera, para concluir hablando de Córdoba y su mezquita, que "tiene el aspecto más africano entre las ciudades andaluzas... los moros, si regresasen, no tendrían gran cosa que hacer para reinstalarse. Cuando se piensa que hace mil años fue ejecutada una obra tan admirable y en tan poco tiempo por un pueblo caído después en la barbarie más salvaje... siempre lamento que los moros no hubiesen continuado siendo los amos de España" (31). Esto, ningún lector lo duda, y la opinión de Gautier distaba en la época romántica de ser aislada.

Seis meses dura su estancia en España; después, según dice, "regresa a la vida civilizada". Sólo abandona España en este período para pasar por "ese Parque de Artillería y nido de contrabando" (32), que es como define a Gibraltar.

Las primeras guías turísticas.

Para dirigir en sus pasos a estos turistas de la época heroica surgen las guías que, más sistemáticas que los relatos de los viajeros,

(30) T. GAUTIER: Op. cit., pág. 124.

(31) T. GAUTIER: Op. cit., págs. 307 y 55.

(32) T. GAUTIER: Op. cit., pág. 366.

dan una visión general del país. Las primeras aparecen precisamente en esta época: la de Richard; la de Girault de Saint-Fargeau, "Guía pintoresca del viajero en Francia", aparecida en 1836; las de Joanne, publicadas por la librería Hachette, de París, y dedicadas a distintos países de Europa, Argelia, Siria, Palestina, Egipto y Anatolia. En 1845 se publica la guía de Richard Ford "The handbook for travellers in Spain", editada por la casa Murray, de Londres, que fue conocida como la Guía Murray's. Era Ford un investigador inglés y coleccionista de objetos artísticos, que recogió en el libro las experiencias adquiridas tras recorrer España durante cuatro años, tuvo éxito, fue durante años la única Guía de España y se reimprimió repetidas veces.

Ford observó a España con una visión deformada que da a su libro encanto y absurdo y que causa con frecuencia irritación al lector español. No podemos, sin embargo, dejar de sentir admiración ante su juicio sobre los problemas políticos de España: "Lo que ahora falta en toda la Península es paz, una clase media educada y rica y un Gobierno fuerte y estable" (33).

Otra vieja Guía Turística sobre España es la editada por Lanneau Rolland en París en 1864, "Nouveau Guide Général du Voyageur en Espagne et Portugal".

España, como hemos visto, era un país ignoto para el resto de Europa, debido en gran parte a su propia política de aislamiento; por ello, la última de las Guías anteriores puede decir hace un siglo: "España, entre todas las naciones de Europa, ha sido la explorada, estudiada y conocida más tardíamente."

España aparece en estas primeras Guías como un país tan exótico como poco aconsejable turísticamente. Así, el Murray's dice: "Nuestro primer consejo al mero vacacionista y que busque el placer es visitar París, Viena, San Petesburgo, Florencia o Roma mejor que Madrid y España, pues Iberia no es una tierra de comodidades de la carne ni de civilización social y sensual... Igualmente los que esperen encontrar arsenales bien dotados, librerías con la literatura popular más reciente, restaurantes, instituciones literarias o de caridad, galerías politécnicas, destilerías de cerveza y testimonios similares de un alto nivel de civilización comercial, deben quedarse en su país. La vida en las ciudades y pueblos de España es una existencia

(33) MURRAY'S: Pág. 77.

beduino-oriental. El propio Madrid no es sino una capital europea de segunda categoría” (34).

Además, el viajar por España no deja de ofrecer sus riesgos. La pérdida de las posesiones del continente americano ha cerrado la salida a los excedentes de población, y el cataclismo de la guerra de la Independencia ha hecho tambalearse el orden social existente y puesto al descubierto la defectuosa infraestructura económica del país. El bandidaje, con o sin matiz político, se convierte en la época fernandina en el flagelo de las campañas españolas, como admirablemente refleja esa espléndida película española sobre la vida de José María “El Tempranillo”, que es “Llanto por un bandido”.

Tal situación dura hasta la creación de la Guardia Civil, hecho trascendental del que, puesto que consigue la seguridad de los viajeros por las rutas de España, se hacen eco todas las guías turísticas. El Murray's nos dice: “Sin duda, en los largos caminos de una tierra poco poblada pueden ocurrir accidentes, pero los bandidos profesionales y realmente importantes han casi desaparecido de las carreteras como consecuencia de la creación de un Cuerpo de hombres bien armados y admirablemente disciplinados (en parte montados), que se encuentran en todas las rutas principales como escolta o patrulla. Se llama Guardia Civil, para distinguirla de los militares y de los guardias rurales. No obstante, estas precauciones, de vez en cuando se producen asaltos a trenes y se roba a los viajeros” (35). Esto se escribe, no lo olvidemos, en 1882. La inseguridad personal es, desde la guerra de la Independencia, compañera inseparable del español, y la misma guía hace esta afirmación que hoy nos parece peregrina: “Desde el momento en que un español sale de una ciudad, lleva un fusil, pues es inmemorial la costumbre de ir armado” (36).

¿Qué es entonces lo que interesa al valeroso turista que se arriesga a venir a España?

Tampoco son las playas y el sol esa isoterma de los diez grados invernales que hoy constituye el atractivo principal de los turistas nórdicos que nos visitan, pues “ante Alicante, la mar tiene poco fondo. Las aguas del Mediterráneo en este punto son viscosas, fétidas y los baños imposibles” (37), según dice la guía de Lanneau, y en otro

(34) MURRAY'S: Ed. 1882, pág. 17.

(35) MURRAY'S: Op. cit., pág. 14.

(36) MURRAY'S: Op. cit., pág. 21.

(37) LANNEAU-ROLLAND: Op. cit., pág. 300.

punto nos indica cómo Mallorca es una isla pobre, sin otras riquezas que las naranjas y la lana, mientras el libro de Ford menciona que en el pueblo de Fuengirola no hay otra posada que la del Salvador, "pobre, pero limpia" (38).

El turista que viene a España lo que busca es el extraño y exótico folklore de los "nativos", expresión que aparece una y otra vez en el libro de Ford, busca los monumentos y también "el bárbaro espectáculo" que son las corridas de toros.

Pervive, además, en esa época un ya decadente turismo religioso; así, Montserrat —según nos dice la guía de Lanneau— era entonces visitado anualmente por 50.000 peregrinos procedentes de España y Francia, pero ya ha desaparecido el tradicional a Santiago de Compostela y "el dar posada al peregrino" ha sido sustituido por una red de "ventas" que llenan el mapa de los caminos de España y cuya toponimia aún se conserva en ocasiones, así ocurre con el barrio madrileño de Las Ventas del Espíritu Santo, primera parada antaño en el camino de la capital de España a Valencia.

Pero en el campo del turismo religioso, España es rica en reliquias ofrecidas a la devoción popular, aunque un siglo hipercrítico ponga en duda la autenticidad de las más importantes y atrayentes, que ya los viajeros ultrapirenaicos miran con más curiosidad que devoción, y de ello nos ofrece el libro de Lanneau múltiples ejemplos.

Una de las razones que atrae a este turismo embrionario es, como indiqué, la España artística y monumental. Mucho fue lo destruido y perdido en la guerra de la Independencia, mucho también en las posteriores guerras civiles, pero tales destrucciones, en su conjunto, no han sido mayores, sino inferiores a las sufridas en su acervo artístico por otros países de Europa tan ricos en historia, como en sangrientas convulsiones.

Por ello la España de 1859 contaba con más de mil castillos y tan sólo con 77 plazas de toros y 67 teatros. Recordemos con este último dato un hecho que menciona Ford de la España de ayer que vive aún: "Los mejores sitios de los teatros españoles están en manos de los revendedores que se sitúan a las puertas de los mismos vendiendo las entradas con grandes beneficios" (39).

A las ciudades del arte, a contemplar sobre todo los exóticos ves-

(38) MURRAY'S: Op. cit., pág. 439.

(39) MURRAY'S: Op. cit., pág. 36.

tigios de la dominación mora, va una pequeña minoría, un turismo de "élite".

También busca el extranjero el extraño folklore español, como esas mujeres cubiertas con mantillas que, inexistentes en el resto de Europa, han brillado por su ausencia en la Semana Santa madrileña de este año, marcando la desaparición progresiva de una bella tradición nacional y va a Andalucía tras la "fama del contrabandista, ladrón, torero, bailarín y majo (en español en el original), que ha tras-pasado los Pirineos hace tiempo" (40).

Dentro del folklore español nada les atrae más que la fiesta de toros y todos caen en el error de identificarla con el alma española de interpretar nuestra vida e historia a través de la misma visión deformada que llega a nuestros días.

Los toros, que en el siglo XVIII se habían convertido en un espectáculo regular y relativamente popular en ciertas zonas del Centro y Sur de España, llaman poderosamente la atención al extranjero por su carácter único. Así, Richard Ford escribe: "Las corridas de toros, digan lo que digan los moralistas, es lo que hay que ver en España... En ellas se revela la nacionalidad española... El torear, en todas sus formas, es algo irresistible para el español, su hostilidad al toro crece con la edad y los niños juegan a los toros y pocos, entre los mayores, pueden pasar delante de un toro e incluso de una vaca sin provocarlos, manejando sus capas... Un toro que huye de la muerte es despreciado por los españoles, que ni suplican por su vida, ni perdonan la del enemigo" (41). Pero tranquilicémonos, ya que "los extranjeros que creen que los efectos de los toros sobre los españoles son los mismos que sobre ellos, ni son lógicos ni razonan bien" (42).

Tales ideas han estado tan extendidas que todavía en nuestros días hemos visto por más de un autor extranjero explicar la guerra española como una tenebrosa corrida, olvidando que a las cinco de la tarde no muere Antonio Sánchez Mejías, sino la Fiesta Nacional, a la que el cine sonoro asesta un golpe casi mortal. Seis años de cine sonoro —que por primera vez en la historia de España introdujo un auténtico espectáculo popular—, producen más impacto en el pueblo español que doscientos años de toros. Poco se han examinado los efectos que modos, formas, actitudes y hasta jerga cinematográfica tienen

(40) MURRAY'S: Op. cit., pág. 306.

(41) MURRAY'S: Op. cit., págs. 66-70.

(42) MYRRAY'S: Op. cit., pág. 72.

en el desarrollo vital de nuestra guerra. Tal vez el único que lo ha señalado en toda su trascendencia fue Wenceslao Fernández Flórez en "Una isla en el mar Rojo". Es curioso también cómo aquel deporte o arte, moribundo por los efectos de la pantalla grande, resucita con más vigor que nunca al advenimiento de la pantalla chica y cómo el turismo extranjero redescubre al hispano, con su entusiasmo, las virtudes de la fiesta.

De las 77 plazas de toros de 1859 se ha pasado, un siglo después, a 311, con una media anual de 12.000 corridas y novilladas y una asistencia de 12.000.000 de espectadores —que, sin embargo, sólo representan un 3 por 100 de los asistentes al cinematógrafo—; de ellos aproximadamente la tercera parte son turistas extranjeros. A siete países de Hispanoamérica, dos de Africa y otros dos de Europa han pasado, exportadas por España, las corridas de toros.

La guía de Lanneau Rolland.

Una de las primeras guías sistemáticas de España es el "Nouveau Guide Général du voyageur en Espagne et Portugal", de Lanneau Rolland, editada en París en 1864, es decir, hace un siglo.

Sus primeras palabras nos dan la tónica general del libro y hacen obvios ulteriores comentarios: "Villas moras y catedrales misteriosas; rutas construidas a través de precipicios y paraísos de naranjos en flor; alguaciles y serenos, andaluzas y gitanos; bandidos armados de puñales y trabucos y los lúgubres monjes del Santo Oficio; los guitarristas cantores y los Grandes de España; Figaro y el Cid; los brillantes ojos de las damas detrás de sombrías rejas y los formidables mandobles de los héroes castellanos; los mendigos de Murillo y las altaneras figuras de Velázquez", joya descriptiva de lo que espera el turista en España y que consigue resumir todos y cada uno de los lugares comunes de lo que llamamos peyorativamente en nuestros días "la España de pandereta".

Aunque, gracias a la recién creada Guardia Civil, "no hay por qué temer ya a las cuadrillas de bandidos con que la imaginación puebla aún las rutas de España", el país que nos describe no es en absoluto atrayente para el viajero. Poblaciones que hoy constituyen importantes centros de turismo interior y foráneo aparecen —probablemente con bastante verdad— como rincones casi salvajes: Torre-

lodones, de 170 habitantes, “es aldea pobre, en un sitio salvaje y abandonado. Sus habitantes se dedicaban antaño al bandolerismo, a favor de su aislamiento y de lo escarpado de las rutas en aquel punto” (43), mientras que Navacerrada “es un pueblo aislado al pie de la sierra, al que se llega después de una subida lenta, a veces difícil, a través de alturas desiertas, áridas y cubiertas de nieves eternas” (44).

Poco es el respeto que le merece Madrid, opinión entonces compartida, y no sin razón, por sus coetáneos de allende los Pirineos: “Dos grandes arterias, la calle de Alcalá y la de San Jerónimo, están bordeadas de magníficas casas de granito; los Ministerios, la plaza Real, el Palacio de la Reina y algunas mansiones importantes..., pero a excepción de estas construcciones, que son todas modernas, Madrid no se compone sino de un conjunto de calles mediocres y sin carácter... y al viajero que las recorre le cuesta trabajo imaginarse en la capital de un gran reino... Las iglesias de Madrid no son sino capillas mal situadas, pesadamente construidas y careciendo de todo valor arquitectónico” (45).

El más importante entre los contados hoteles de Madrid —ninguno de ellos ha llegado a nuestros días— era la Fonda Peninsular, situada en Alcalá, 15. El menú costaba ocho reales y la habitación entre ocho y noventa reales diarios.

Hecha en Francia la guía no puede por menos de extenderse en las costumbres culinarias de los españoles que juzga con severidad: “El olor de su aceite acre y nauseabundo persigue al viajero por todas partes... Los españoles son de una sobriedad señalada, beben poco vino y su comida se compone sobre todo de carne de cordero, garbanzos, patatas, arroz, pastelería pesada y carne muy magra, cuya calidad mediocre no es mejorada por la cocina del país” (46), mientras que en las horchaterías “se vende muy barato el chocolate que los españoles toman cuatro o cinco veces al día” (47).

Junto con estos hábitos dietéticos describe tal como las ve las pintorescas costumbres del español de su época: “En general, la hospitalidad no es perfecta, el español muestra una orgullosa reserva en sus relaciones con los extraños... las mujeres usan todas abanico, una marquesa posee un abanico de diez mil reales; la vendedora de

(43) LANNEAU ROLLAND: *Op. cit.*, págs. 64-65.

(44) LANNEAU ROLLAND: *Op. cit.*, pág. 187.

(45) LANNEAU ROLLAND: *Op. cit.*, pág. 69.

(46) LANNEAU ROLLAND: *Op. cit.*, pág. 70.

(47) LANNEAU ROLLAND: *Op. cit.*, pág. 76.

limones, de un sueldo, pero de la reina a la mendiga, de la centenaria a la niña de seis años, no hay una española sin el abanico en la mano" (48), mientras que "el español y su cigarillo son tan inseparables como la española y su abanico" (49). Se extiende en elogios sobre la españolísima institución el sereno, de cuyo chuzo va suspendida la tradicional linterna y observa que todas las mujeres del pueblo usan mantilla negra, algo por lo visto todavía común dieciocho años después, pues Ford insiste sobre la preferencia por el color negro en los trajes de las mujeres españolas (50).

El turista encuentra insospechadas dificultades de toda índole: no existe aún Banco Central y los billetes de los Bancos españoles no tienen curso en todo el Reino, sino tan sólo en la circunscripción de la Banca que los emite, y nadie —a excepción de contadísimos banqueros— acepta los billetes de Banco extranjeros.

Ya existe enlace ferroviario con Francia, y bajo la égida del marqués de Salamanca progresa con rapidez la construcción de vías férreas, pero existen aún extensas regiones aisladas, como Extremadura, "cuyos habitantes son poco hospitalarios, rudos y robustos, pero inactivos, ajenos a toda idea de progreso y sociabilidad. Es preciso que el viajero recurra al mapa para suponer que este país semisalvaje forma parte de la Europa civilizada" (51). Por ello es necesario recurrir a las diligencias como medio normal de viaje; en las rutas se pagaba por lengua; si se quería alquilar un caballo, el precio era de seis reales por legua; en Madrid, la tarifa de carruajes de alquiler era —para los coches de un solo caballo— de cuatro reales el viaje la mañana, seis en la tarde y diez después de la media noche.

Un siglo después de esta España pintoresca con extrañas costumbres, aislada y preindustrial, que exigiría como ilustración grabados de Gustavo Doré, no queda otra cosa que los monumentos descritos en la guía.

La guía de Richard Ford

Han pasado dieciocho años de la guía de Lanneau Rolland cuando aparece en 1882 la sexta edición de "A Handbook for travellers

(48) LANNEAU ROLLAND: Op. cit., pág. 119.

(49) LANNEAU ROLLAND: Op. cit., pág. 126.

(50) MURRAY'S: Op. cit., pág. 37.

(51) LANNEAU ROLLAND: Op. cit., pág. 13.

in Spain”, de Richard Ford. Para ponerla al día, el autor viajó a caballo por toda España en la primavera de 1880 y de 1881. El país —nos recuerda— contaba, según el censo de 1877, con 16.731.570 habitantes, de los cuales, poco más de tres millones sabían leer y escribir; algunos pocos miles de ellos viven todavía, y su niñez transcurrió en la España que la guía describe.

Si la francesa se detenía en lo culinario, la inglesa, como no podía menos de suceder, insiste sobre el confort y la salubridad de España y sus conclusiones, con frecuencia, no pueden ser más desesperanzadoras.

En los años transcurridos desde 1864, ha continuado la expansión de la red ferroviaria y ya se puede viajar directamente por este medio de Madrid a Andalucía, Murcia, Portugal y Barcelona. El sistema ferroviario era ya, en sus líneas generales, similar al actual, pero —nos dice— “los ferrocarriles de España fueron construidos principalmente por medio de capital francés y a enorme costo. Son quizá los peor construidos y administrados del mundo. Son caros, sucios y lentos” (52). Pertenecen aún a la época heroica en que la mayoría de los trenes cuentan en su primera clase con un vagón reservado para señoras y otro para no fumadores.

Fuera de la red ferroviaria, es preciso todavía utilizar los viejos caminos, cuyo trazado se realizó en el siglo XVIII y sigue siendo sustancialmente el de nuestras actuales carreteras, pero “fuera de los caminos principales, aquellos viajeros que tienen idea de que no van a encontrar nada en la ruta, sino incomodidades, serán los menos desilusionados” (53).

La mejor estación para viajar son los meses de abril, mayo y junio, pues “en invierno, todos los caminos de herradura son un mar de fango... en el verano, el calor hace casi imposible viajar durante el día... y el otoño es también poco recomendable, pues todo el campo presenta un aspecto triste y árido tras el calor y el polvo del verano” (54), mientras que ya puesto el viajero en camino “el procurarse comida y bebida ha sido siempre la dificultad de esa España hambrienta y sedienta” (55).

Aconseja traer de Inglaterra sus propias cabalgaduras, pues las

(52) MURRAY'S: Op., cit., pág. 8.

(53) MURRAY'S: Op., cit., pág. 8.

(54) MURRAY'S: Op., cit., pág. 19.

(55) MURRAY'S: Op., cit., pág. 10.

españolas son incómodas y difíciles de montar, señalando también que las fondas del camino carecen del mínimo de comodidades, no tienen baños ni espejos y el servicio es pésimo.

Su opinión sobre las condiciones sanitarias de España difiere según los lugares a que se refiera. Al hablar de la huerta valenciana, indica que "la mortandad en esos pantanos es aterradora y pocos trabajadores llegan a los sesenta años" (56).

Aconseja al viajero proveerse de un mosquitero y de una solución de amoníaco como el mejor antídoto contra las picaduras de mosquitos, a los que considera como el flagelo del verano español y, en consecuencia, "los mosquiteros son indispensables en junio, julio, agosto y septiembre. Las camas de las posadas de primera clase los tienen normalmente, pero no así los albergues de los pueblos" (57). Preocupado por las condiciones sanitarias, aconseja también a los turistas llevar consigo alguna medicina contra el cólera y una botella de magnesia de Henry (58).

No parece, sin embargo, que los conocimientos médicos del señor Ford fuesen muy profundos, incluso para la época, ya que aconseja vivir "en lugares altos en los distritos bajos y pantanosos, evitando el piso bajo, pues la venenosa malaria trepa desde la tierra y aún más durante la noche, pues se condensa más que en el día" (59).

Pero no toda España —hoy y desde hace bastantes años uno de los países de menos índice de mortandad del mundo— era tan insalubre para el señor Ford: "Tarragona, Murcia y Málaga pueden considerarse los lugares de mejor clima de Europa... y los beneficios pépticos del clima sobre los *nativos* resultan evidentes por la forma en que digieren su dieta de aceite, vinagre y legumbres y sobreviven al chocolate y a los dulces" (60).

Las condiciones de los viajes en los cuarenta años que transcurren entre la primera y la sexta edición del libro, han mejorado considerablemente, pero sólo en lo relativo a seguridad por "el establecimiento en España de una fuerza de policía —la Guardia Civil— basada en la nuestra y en los constables irlandeses", inspiración que seguramente no tuvo nunca el duque de Ahumada.

(56) MURRAY'S: Op., cit., pág. 456.

(57) MURRAY'S: Op., cit., pág. 13.

(58) MURRAY'S: Op., cit., pág. 11.

(59) MURRAY'S: Op., cit., pág. 39.

(60) MURRAY'S: Op., cit., pág. 16-16.

Por las rutas principales se puede viajar en diligencia, pero éstas llegan y salen con retraso, siendo ruidosas y movidas y "un viaje a pie como placer es algo totalmente desconocido en España" (61). Por ello, aconseja viajar en cabalgadura, los amos en caballo y los criados en mulas.

Uno de los capítulos de la guía está dedicado a dar normas sobre la conducta a seguir por el turista en sus relaciones con los españoles, muchos de sus datos parecen tomados directamente de las páginas de una revista humorística contemporánea y, aunque ofrezca con frecuencia exageración evidente, en no pequeña parte refleja una realidad de su época y vale la pena detenernos en ello, para ver cómo el carácter y comportamiento del español han variado en el plazo de ochenta y cinco años.

Destaca la corrección y el formalismo de la gente, tan cierto hoy lo primero como caduco lo segundo. "El español es esencialmente mucho más educado que su vecino (el francés), sobre todo con respecto al bello sexo" (62), y señala que no debe en absoluto juzgarse a España con el baremo inglés, ya que el español es sensible a los intentos de comprenderle y "como en un espejo, devuelve la sonrisa con la sonrisa y el ceño con el ceño" (63).

Pero junto a la corrección, señala el enorme formalismo —probablemente no alejado de la realidad—, propio del español de la época, y que es característico del final de una sociedad estamental.

Los españoles —dice— se consideran todos "caballeros" (en español en el original), cristianos viejos y, por tanto, no inferiores a nadie. "Todo intento de atemorizar o presionar a un español es una pérdida de tiempo, pues los españoles jamás han sido manejados con vara de hierro y menos si la lleva un extranjero... Por ello conviene evitar discusiones o tratar de convenir a un nativo contra su voluntad." (64). "Cuando se llama a una puerta, una persona, a quien probablemente no se vea, preguntará ¿quién es?, la respuesta correcta es: "gente de paz" (en castellano en el original)... Cúbrase usted, es el mayor cumplido que puede darse a un amigo" (65).

Va enumerando detalles del carácter otrora ceremonioso de nuestro pueblo; aconseja en todo caso el uso del "de" ante el apellido y

(61) MURRAY'S: Op., cit., pág. 10.

(62) MURRAY'S: Op., cit., pág. 9.

(63) MURRAY'S: Op., cit., pág. 42.

(64) MURRAY'S: Op., cit., pág. 37.

(65) MURRAY'S: Op., cit., pág. 39.

no omitir jamás los cumplidos, pues "todos los españoles son mutuamente pródigos en títulos de honor, incluso los mendigos se tratan entre sí de señor y caballero" (66).

Algunos de los consejos que da al visitante caen en el pintoresquismo o ingenuidad más conmovedores. Así, aconseja vestirse fuera de las ciudades con el traje nacional. La zamarra y el sombrero calañés y, entre otras, es digno de señalarse esta joya: "Recuerda cuando te encuentres a alguien embozado, caso de estarlo tú, el levantar los pliegues de la capa antes de dirigirte a él, pues no hacer eso es prueba de gran descortesía, ahora bien, si los extraños continúan hablándote embozados, como si llevaran un disfraz, ten mucho cuidado." (67).

El libro insiste, en especial, sobre dos puntos: la importancia de la participación inglesa en la Guerra de la Independencia y reitera la entonces común creencia de hipervalorar la aportación árabe en la Península, considerando todo lo posterior como bárbaro.

La obra tiene una parte considerable dedicada a la historia militar de la Guerra de la Independencia o, como se llamaba en Inglaterra, "Campana Peninsular". Cada lugar donde se desarrolló alguna acción de aquella guerra con participación inglesa merece un estudio militar realizado por un oficial británico y la nota común a los mismos es exaltar la actuación inglesa con menoscabo de la española —esto ocurre incluso al referirse al sitio de Gerona—, e indica que, debido al recuerdo de aquella guerra, un inglés es generalmente bien recibido en los pueblos y ciudades del país, lo contrario de lo que aún ocurría con los franceses.

La huella de lo árabe en nuestro espíritu y cultura, progresivamente decreciente, tenía más importancia en el pasado siglo que en la actualidad, tanto en costumbres como en lenguaje —baste señalar, a guisa de ejemplo, que más de un millar de palabras de nuestro idioma con raíz árabe han caído en desuso durante los últimos cien años—, pero en la mencionada Guía lo oriental es omnipresente y, de forma inconsciente, hace un paralelo entre el ya decadente Imperio Otomano y la España de su época, uniendo a ambos en su común desprecio: "España puede, sin duda, ofrecer interés al economista y al sociólogo como un hermoso ejemplo de los errores que deben evitarse" (68).

(66) MURRAY'S: Op., cit., pág. 41.

(67) MURRAY'S: Op., cit., pág. 37.

(68) MURRAY'S: Op., cit., pág. 17.

“En todas las ocasiones es necesario recordar que en España los cerrojos se abren con llave de plata y casi todas las dificultades se suavizan con un soborno bien administrado.” (69).

“Los españoles, en colectividad, raramente han demostrado el sentido común y sentimiento del honor y buenas formas que los distinguen como individuos ...Aquí, como en Oriente, el poder del primer Ministro es una cosa del presente que puede caer en cualquier momento en que el miembro de una camarilla rival pueda expulsarlo” (70) al propio tiempo que enjuicia como “atrasada y bárbara” a la aristocracia española. “Muy pocos de los palacios de los Grandes de España contienen cosa alguna digna de señalarse..., sus dueños no se caracterizan por exceso de gusto..., demasiado vacíos y grandes para nuestras ideas..., librerías y bodegas son curiosidades; las cocinas, caricaturas; en realidad, el arte de comer todavía falta por aprender en España...; más de un Título sólo tiene un barniz europeo en su mesa godobeduina” (71). Y en el capítulo que tiene el significativo título de “El país y los nativos”, habla de los “primitivos Condes, Señores, Duques y Reyes cristianos, jeques en realidad” (72).

La raíz árabe la encuentra, y por ella explica todo lo que ve: el nombre de Castilla proviene del árabe Ardo-l-Kalad. En sus aldeas las casas son de barro o adobe —del attobtobi árabe—; en el país, los hoteles son, en realidad, fondas —naturalmente, del oriental fondak— (73) y sus habitantes firman con complicada rúbrica, cuyo origen es también oriental para el autor. En Andalucía “se encuentran los pecados del oriental; su indiferencia, testarudez, resignación y religiosidad” (74). En España, como en Oriente, la apariencia personal es siempre importante” (75), y “Toledo estuvo durante trescientos cincuenta años bajo el ilustrado dominio de los moros” (76), para concluir, al hablar de Granada, que “en este contraste entre el antiguo esplendor del lugar y su actual vacío cuando paseamos por la solitaria Alhambra, nuestra simpatía está con el moro” (77), algo que no ofrece la menor duda a los lectores de la obra de Ford.

-
- (69) MURRAY'S: Op., cit., pág. 38.
(70) MURRAY'S: Op., cit., pág. 77.
(71) MURRAY'S: Op., cit., pág. 82.
(72) MURRAY'S: Op., cit., pág. 200.
(73) MURRAY'S: Op., cit., pág. 12.
(74) MURRAY'S: Op., cit., pág. 306.
(75) MURRAY'S: Op., cit., pág. 340.
(76) MURRAY'S: Op., cit., pág. 105.
(77) MURRAY'S: Op., cit., pág. 392.

Lo que en España no posee este carácter oriental carece de interés para el autor: "En Andalucía, después de la caída del dominio godo, los orientales tomaron posesión y dejaron los más nobles vestigios de poder, gusto e inteligencia, que siglos de abandono no han podido borrar del todo" (78), y así juzga al país vasco, hoy la zona de España de mayor renta "per capita", pero carente de huellas árabes, como "país difícil de conquistar y sin nada que valga la pena" (79). Y del arte posterior formula tan peregrinos juicios como el que hace de Goya: "era, sin duda, un pintor poderoso y original y, a veces, con toques de maestro, pero era incorrecto en su dibujo y su color, frecuentemente exagerado y falto de naturalidad" (80).

En su parte descriptiva, la Guía es a ratos pintoresca y, con frecuencia, al describir los monumentos no ha perdido actualidad.

Se entra por San Sebastián —que ya está de moda como lugar de veraneo de la buena sociedad española—, donde el turista extranjero puede contar con el servicio de profesionales, como el doctor José Juan Sagastume, en la calle del Pozo, que sabe francés.

Por ferrocarril se llega normalmente a Madrid, que ya cuenta con 399.523 habitantes y "cuyas casas son altas, y diferentes familias viven en los distintos pisos, contando con una escalera común" (81). Los mejores meses para visitar la capital son: abril, mayo, junio, octubre y noviembre, y la época más alegre, la de Carnaval.

Hay ya hoteles modernos, como la Fonda de París, levantada en la Puerta del Sol al ser reformada y ampliada dicha plaza pocos años antes. En ella el alojamiento cuesta de cuarenta reales diarios para arriba. Es entre los hoy existentes el hotel más antiguo de Madrid.

Hay varios médicos que hablan inglés y la modista principal es Madame Isolina, en Alcalá, 12. Las mejores tiendas están situadas en los alrededores de la Puerta del Sol, pero los géneros son casi todos de importación y muy caros, "los precios fijos son la excepción".

El centro de Madrid se sitúa en la Plaza Mayor, que cuenta con un hermoso jardín y muchas tiendas de juguetes, guitarras y telas, pero "en Madrid no hay mucho que ver... La ciudad no es sino un París de segunda clase" (82), por eso, el Retiro, el antiguo Parque Real, abierto al público tras la Revolución de 1868, con sus conciertos, su

(78) MURRAY'S: Op., cit., pág. 305.

(79) MURRAY'S: Op., cit., pág. 384.

(80) MURRAY'S: Op., cit., pág. 52.

(81) MURRAY'S: Op., cit., pág. 34.

(82) MURRAY'S: Op., cit., pág. 39.

teatro y su restaurante. es el único recurso para los obligados a quedarse en la capital en el verano. En resumen, España ya no es un lugar peligroso, pero, decididamente, carece de atractivos.

EL DESARROLLO ULTERIOR DEL TURISMO EN ESPAÑA

Frente a una extendida leyenda negra sobre nuestra intolerancia, parece que el lema del español contemporáneo sea vivir y dejar vivir. La emigración y el turismo, tanto el que nos viene de fuera como el creciente del español más allá de sus fronteras, han hecho realidad lo que escribiera Cervantes en "el coloquio de los perros"; "El andar tierras y el comunicar con gentes hace a los hombres discretos".

Entre aquellos aislados viajeros del romanticismo, los 200.000 turistas de 1929 y los 17.000.000 de hoy existe un largo y difícil camino donde las improvisaciones brillan por su ausencia, pero no la labor callada, constante y, como veremos, fecunda; tanto particular como oficial.

En parte es obra de personalidades aisladas, como la de José Ensesa, que crea S'Agaró como centro de la Costa Brava y va atrayendo a esa zona a los primeros turistas alemanes, o como la de Luis Salvador, Archiduque de Austria, que hace de Mallorca un centro de turismo aristocrático y minoritario.

Pero reviste mucha más importancia, en el impulso al turismo español, la iniciativa oficial. Por Decreto de 6 de octubre de 1905 se creó la Comisión Nacional y el R. D. de 19 de julio de 1911 creó la Comisaría Regia de Turismo dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros, institución debida a la iniciativa del padre del turismo español, don Benigno de la Vega Inclán.

Nacido en Valladolid en 1858, militar y diplomático, viajero infatigable y ejemplo de servidores públicos, fue el primero que potenció la importancia del turismo norteamericano a España; organizó exposiciones artísticas y la primera del turismo español, en el extranjero en 1914, en Londres. A él se debe la transformación del barrio sevillano de Santa Cruz y la creación del Parador Nacional de Gredos y de la Residencia de América en Sevilla. Nuestro turismo a él debe su mayoría de edad. Bajo la Comisaría Regia se desarrolló el turismo en nuestra Patria y se crean los primeros hoteles de auténtica categoría europea,

se inicia la publicidad y se valoran las ingentes posibilidades y riquezas turísticas nacionales.

Convertida en Dirección General de Turismo en 1939 y en Ministerio con entidad propia en 1951, el turismo toma en los últimos años carta de naturaleza como fenómeno español, y la Costa del Sol conquista los restos gloriosos de la "belle époque" (83).

EPILOGO

La España de aquel buen tiempo viejo que fue el romanticismo, que nos describían aquellos libros, con sus luces y sus sombras, sus enormes exageraciones, su hipervaloración de lo musulmán, es la España que en su parte negativa comienza a transformar la restauración, proceso que se apresurará tras el 98, al hacerse una generación entera su autocrítica, al abrirse el país al exterior y comprender que ser diferente y pintoresco no es incompatible, sino complementario de un creciente nivel de vida.

Siguen iguales aquellas cualidades del español, que ningún autor negara: la cordialidad, sencillez y hospitalidad. Pero se ha hecho infinitamente más abierto que antes, sale al exterior, conoce idiomas.

Aquel mundo que los románticos encontraban oriental es más europeo que en ningún momento de su historia.

A la inseguridad personal, al caos administrativo, a la quiebra de la autoridad ha sucedido un Gobierno estable, un país al que una generación de paz, el período más largo de nuestra historia contemporánea, ha contribuido a industrializar y a conseguir que los índices de criminalidad se mantengan en forma permanente entre los más bajos del mundo.

Si todavía permanecen problemas económicos, aquella pobreza y miseria que describían los visitantes de la época isabelina pertenecen a un lejano pasado en un país en plena expansión. Aquellas tiendas vacías, aquellos museos inexistentes, aquel arte muerto desaparecieron hace años.

Aquella España donde era rarísimo el extranjero que residiese, es hoy huésped permanente de miles de personas de todos los países.

(83) He seguido en esta parte del excelente estudio de Ricardo de la Cervera.

Lo curioso es que las ideas en que abundan aquellas obras, ya en gran parte caducas, cuando no erróneas por aquellas fechas y reflejo de un juicio equivocado sobre España, surgido, en parte, como táctica política, han continuado todavía en vigor entre muchas gentes y sólo un conocimiento progresivo de las realidades nacionales, lo va borrando cada vez con mayor rapidez.

RESUME

LUIS MARIÑAS OTERO: *Les commencements du Tourisme en Espagne (1830-1868)*.

Au cours des dernières années de période de Fernando VII et des premières années de celui d'Isabel II, quand le romantisme régnait en Europe, l'Espagne apparaît comme un endroit mystérieux, attractif, plein de châtetux, avec des jeux étranges, comme les taureaux, et éloigné de l'Europe qui commence à s'industrialiser, par la barrière, qui semble infranchissable, des Pyrénées.

Une série de voyageurs, pionniers des dix-sept millions de touristes qui nous visitent actuellement, parcourent l'Espagne pour laisser une vision d'elle-même qui ne ressemble en rien à l'actuelle.

Ford fait le premier guide touristique espagnol; Mérimée créa le mythe de Carmen; Borrow, qui vint vendre des Bibles, nous laissa une image d'Espagne ravagée par les Guerres Civiles, tandis que Théophile Gautier, qui visita l'Espagne à l'occasion du mariage d'Isabel II, nous laissa une image étrange, exotique, et qui aujourd'hui semble préhistorique, d'un pays qui, lentement, s'intégrait en Europe.

SUMMARY

LUIS MARIÑAS OTERO: *The beginnings of Tourism in Spain. (1830-1868)*.

On the last years of Ferdinand the VIIth convulsive kingdom and during the first of Isabel the IInd's time, when Romanticism apreaded all over Europe, Spain appears as a whimsical and attractive country, scattered with castles, abounding with lavish games such as bullfighting and far away from Europe which starts his industrial revolution behind the inextricable looking barrier of the Pyrenees.

A few travellers, pioneers of the seventeen million tourists who paid us a visit in these times, run throug Spain to leave us a vision of this country quite different from ours.

Richard Ford writes the first guide book on Spain; Merimée produces Carmen's mith; George Borrow who came with the purpose of selling the Bible left us a sight of our country completely ravaged by the Civil Wars; while Teophile Gautier who came to attend Isabel the IInd's weddings leaves us a strange and exotie picture, somewhat prehistoric, of a nation which though slowly was working its integration into Europe.

ZUSAMMENSTELLUNG

LUIS MARIÑAS OTERO: *Die Anfänge des Tourismus in Spanien (1830-1868)*.

In der bewegten Etappe der letzten Jahre der Zeit Ferdinand VII und den ersten Isabel II, als die Romanik in Europa herrscht, erscheint Spanien als ein mysteriöses, attraktives Land, mit vielen Schlössern, seltsamen Sptelen, wie zum Beispiel die Stiere, und abseits von dem Europa, das anfängt, sich zu industrialisieren, durch die Barriere, die unüberwindbar zu sein scheint, del Pyrenäen.

Ford macht den ersten spanischen Fremdenführer; Merimée schafft den Mythos von Carmen; Borrow, der kam, um Bibeln zu verkaufen, hinterlässt uns einen Eindruck von einem durch Bürgerkriege zerstörtem Spanien; während Theophil Gautier, der Spanien anlässlich der Hochzeit von Isabel II. besucht, uns ein seltsames, exotisches Bild hinterlässt, das heute vorgeschichtlich anmutet, von einem Land, das sich langsam Europa eingliederte.